

COMITÉ HISPANO-INGLÉS

EL HOMBRE PREHISTÓRICO Y LA DEUDA
CULTURAL DE LAS ISLAS BRITÁNICAS
PARA CON ESPAÑA

CONFERENCIA, EN INGLÉS
(ACOMPANADA DE PROYECCIONES).

DE

GRAFTON ELLIOTT SMITH

PROFESOR DE ANATOMÍA EN LA UNIVERSIDAD DE LONDRES,
UNIVERSITY COLLEGE

*P*UBLICACIONES: "The Ancient Egyptians", 1911; "The Royal Mummies", 1912; "Migrations of Early Culture", 1915; "Evolution of Dragon", 1919; "Tutankhamen", 1923; "Elephants and Ethnologists", 1924; "Egyptian Mummies", 1924; "Human Nature", 1927; "Conversion in Science", 1928; "The Evolution of Man", 1924; "Human History", 1930; *Memoirs on anatomical subjects, chiefly dealing with the comparative anatomy of the brain and the evolution of man.*

EL JUEVES 9 DE ABRIL DE 1931

A LAS SIETE DE LA TARDE

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, PINAR, 21

EL HOMBRE PREHISTÓRICO Y LA DEUDA CULTURAL DE LAS ISLAS BRITÁNICAS PARA CON ESPAÑA

RESUMEN DE LA CONFERENCIA

DE

GRAFTON ELLIOTT SMITH

NO es nada nuevo decir que la Europa Occidental es deudora a España de su primitiva civilización. Hace más de veinte siglos que los autores clásicos griegos y romanos en sus alusiones a la busca del estabo, reconocieron la importancia de la cuestión ibérica. Y cuando en el siglo XIX se intentó introducir la disciplina científica en el estudio de la etnología, fué costumbre, sobre todo en los escritores ingleses, designar como iberos o pertenecientes a la raza ibérica a los que introdujeron la civilización en nuestras Islas. Y, aunque estos términos hayan caído en desuso y se sustituya el término "ibérico" por el de "mediterráneo" para indicar la más amplia significación racial, este reconocimiento de la deuda británica al conjunto de la civilización mediterránea no implica ninguna negación del papel especialmente desempeñado por España en transmitir esta cultura más elevada después de transformarla, dándole un carácter propiamente ibérico. Las recientes investigaciones antropológicas, y particularmente las muy profundas de los etnólogos españoles, han precisado aún más los anteriores trabajos, proporcionando la base para una revalorización de la parte que tuvo España en crear la civilización en Francia, Islas Británicas y países situados a la entrada del Báltico.

Muchos han sido los intentos hechos para deducir el significado de las pruebas halladas. Las anteriores teorías de Fergusson, Montelius, Sophus Müller, Déchelette y Siret, han cedido el paso a la pugna más amplia de las opuestas interpretaciones que presentan las recientes publicaciones de Hubert Schmidt, Leeds, Aberg, Estacio da Veiga, Bosch-Gimpera, Obermaier, Perry, Gordon Childe, Castillo y Forde. No me propongo en esta conferencia aquilatar los méritos de estas muy diversas teorías, sino más bien exponer el criterio de la llamada escuela difusionista, a la cual me honro en pertenecer, señalando los argumentos vislumbrados por mis colegas W. J. Perry (*The First Civilization of England*, en la obra de Marvin: *England and the World*, 1925), y C. Daryll Forde (*Early Cultures of Atlantic Europe*, en la revista *American Anthropologist*, 1930). Este último autor ha desarrollado más ampliamente el criterio de Perry con referencia especial al problema ibérico. La relación entre estas teorías y las propagadas por el núcleo brillante de etnólogos españoles, la expone Forde en su crí-

tica publicada en la revista *American Anthropologist*, 1931, p. 126, de la obra de Alberto de Castillo Yurrita: *La Cultura del vaso campaniforme* (Barcelona, 1928).

La idea fundamental de la teoría difusionista es la consideración obvia de que lo que distingue al hombre de todos los demás seres vivientes, es su dependencia de sus semejantes para su idioma, ideas y tradiciones, como también para el conocimiento de la vida y conducta. La difusión de la cultura es factor inevitable en toda relación humana. Hay una unidad en la civilización mundial, y su realidad está comprobada no sólo por el testimonio de la historia y la arqueología, sino también por los principios básicos de la biología y psicología que han sido formulados en el desarrollo de la cultura.

Desde que el hombre apareció en la tierra, ha sido un migrante y en sus migraciones es natural que haya ido esparciendo sus ideas y los resultados de su propia experiencia y especulaciones. Nuestros conocimientos de la familia humana prehistórica empezaron en 1848, cuando la península Ibérica nos dió el cráneo de Gibraltar—el primer vestigio que se descubrió de un tipo humano ahora extinto—. Luego se hallaron otros ejemplares de este tipo, llamado ahora de Neanderthal, en la caverna de dicho lugar, cerca de Düsseldorf, y en Spy, cerca de Lieja; y, posteriormente, un tipo mucho más antiguo y, sobre todo, más primitivo, hallado en Java, en 1891, por el Dr. Eugène Dubois y conocido ahora por pitecántropo. Otro tipo, aún más antiguo y también más primitivo que el *homo neanderthalensis*, aunque no tan arcaico como el hombre-mono de Java, se encontró cerca de Heidelberg, en 1907. Luego, en 1912, se descubrió en las capas del primitivo cuaternario de Piltdown, Inglaterra, un fósil de hombre tan antiguo como el pitecántropo, pero de tipo muy superior en evolución. La aparente falta de correlación entre los distintos tipos del hombre primitivo hallados en Java, Piltdown y Heidelberg, originó entre muchos antropólogos dudas serias respecto al valor significativo de los fósiles y desconfianza ante las varias interpretaciones que de su estudio se deducían.

El descubrimiento trascendental, hecho el 2 de diciembre de 1929, de un cráneo del primitivo cuaternario en una caverna caliza de Chou Kou Tien, cerca de Pekín, ha resuelto la mayoría de estas dudas,

porque esta reliquia tan primitiva de la especie humana sirve de enlace entre los tipos de diversa especialidad anteriormente señalados, otorgándoles nueva autoridad e inspirando mayor confianza en su testimonio.

Con esta gran revelación de los restos humanos más significativos y que mayor luz han arrojado sobre el problema del hombre primitivo, se abre un nuevo capítulo en la paleontología humana. Su descubrimiento hará para siempre ilustres al profesor Davidson Black, de Pekín, y al grupo internacional de sus colaboradores, quienes contribuyeron al hallazgo y ayudaron a interpretar su vasto significado.

Se llamó la atención sobre las lejanas migraciones del hombre primitivo (durante un período que los geólogos contemporáneos calculan en un millón de años) para subrayar el hecho de que el hombre vagaba por todo el ámbito continental de Europa, Asia y África durante centenares de miles de años, antes de crearse la civilización. Esta, comparativamente, es de origen muy reciente—cosa de sesenta siglos o menos. Ahora bien: ¿El hombre, cuyos antepasados durante tan largo tiempo se conformaban con su vida inculta, se decidiría de un golpe a lanzarse a la creación de la cultura, espontánea e independientemente en distintos sitios? O bien, este abandono de una práctica de un millón de años ¿se debió a circunstancias propias de un solo lugar? El testimonio de la arqueología y cronología es concluyente, en el sentido de que el proceso de inventar la civilización empezó en el valle del Nilo, alrededor de 4.000 a. J. C., difundiéndose en el curso de los siguientes veinte siglos algunos de sus resultados, desde el Egipto a Creta y Sumer, a Palestina y Elam, a Anatolia y el Turkestán, a la India y el litoral mediterráneo.

Estas consideraciones deben tenerse constantemente en cuenta, si se quiere comprender e interpretar debidamente la historia de la civilización en España y en las Islas Británicas.

El testimonio que ofrecen los monumentos megalíticos y la cerámica campaniforme, en su relación con los lugares donde estaban situadas las antiguas

minas de cobre, estaño y demás minerales de valor económico, no sólo demuestra cómo la primera civilización española dependió de los acontecimientos sucedidos en el antiguo Egipto, Creta y todo el Mediterráneo oriental, sino también la parte que tuvo la península Ibérica en transmitir el don de la civilización a la Bretaña francesa y la Gran Bretaña, Irlanda y Escandinavia. Durante el segundo y tercer milenios a. J. C., España fue el crisol en que se fundieron ingredientes culturales procedentes de Creta y el antiguo Egipto, para surgir una nueva civilización netamente ibérica.

Los tipos de monumentos megalíticos y vasos campaniformes así creados en España, se adoptaron en Francia y las Islas Británicas, cuando los buscadores de metales iniciaron la explotación de estos países norteños, como sus predecesores procedentes del Mediterráneo oriental habían explotado antes España y Portugal.

En conclusión, y para corroborar la realidad de estas deducciones, citaré el valioso testimonio botánico de los datos coleccionados por mi colega el profesor E. J. Salisbury, en su trabajo *Changes in the Hertfordshire Flora. A consideration of the Influence of Man* (Modificaciones de la flora del Hertfordshire. Una consideración sobre la influencia del hombre), publicado en la revista "Trans. Herts. Nat. Hist. Soc.", págs. 51-68, vol. XVIII, 1924). La singular distribución geográfica de las plantas: Dorset Heath (Brezo del Dorset), London Pride (saxifraga umbrosa o grama de amor), St. John's Wort (hierba de San Juan), Irish Spurge (lechetezana irlandesa), Strawberry Tree (madroño), Madder (rubia) y St. Daboe's Heath (Daboeia polifolia o brezo irlandés o cantábrico), en asociación con los lugares megalíticos del Mediterráneo, península Ibérica, Bretaña francesa, Gran Bretaña e Irlanda, constituye una prueba demostrativa de que los constructores de estos monumentos trajeron desde el Oriente a España muchas plantas (con sus caracoles encima), que a su vez fueron introducidas en determinados territorios de las Islas Británicas en corroboración innegable de la certeza de la deuda cultural que tiene contraída la Gran Bretaña con España.